



de fundar el monasterio de Gellon. En este estado es llamado á la córte de Carlo-Magno. Recibióle este príncipe con la misma afeccion que un padre acoge á su hijo, y responde á su amistad con una amistad aún mayor; pero llevaba en su corazon otro amor, el amor de Dios, por el que estaba resuelto á abandonar el mundo: sólo una cosa le tenía en suspenso, si se lo decia ó no á Carlo-Magno, que tan tierna afeccion le atestiguaba; pero al fin háblale en estos términos: «Señor Carlos, mi padre, sabeis cuánto os amo: me sois más querido que la luz y la vida; sabeis con cuánta abnegacion os he servido; en todas partes donde peligraba vuestra persona, allí estaba yo haciéndoos un escudo con mi cuerpo: ahora bien, escuchad benignamente la palabra de vuestro soldado, ó más bien de vuestro amigo. Os pido permiso para servir en adelante al Rey eterno en una nueva milicia; porque há largo tiempo mi más ardiente voto es renunciar á todo y consagrarme á Dios en el monasterio que acabo de fundar en un desierto por vuestro amor.»

Carlo-Magno, sorprendido, muda de color y permanece largo rato sin desplegar sus labios; despues, dando un profundo suspiro y vertiendo lágrimas: «Señor Guillermo, exclama, ¡qué palabras tan duras acabais de pronunciar! Me habeis traspasado el corazon con vuestra peticion; no obstante, como es justa y razonable, nada tengo que decir; si á nuestra amistad hubierais preferido la de un rey ó emperador cualquiera, lo tomara por una injuria y sublevaria contra él al universo entero; pero como lo que deseais es haceros soldado del Rey de los ángeles, me agrade ó no, ningun obstáculo puedo oponer; sólo os pido una cosa: que acepteis un presente, como recuerdo de nuestra amistad.» Dijo, y arrojándose al cuello de su amigo, lloró amargamente. Guillermo, al ver tan conmovido á su señor, llora á su vez, y haciendo un esfuerzo para contenerse, le dice: «Bondadoso príncipe, no conviene que vuestra alteza real lleve la condescendencia hasta llorar así á vuestro servidor. ¡Que no hubiera podido prever estas lágrimas ayer ó anteayer! En verdad, confieso mi pecado, hubiera tomado la huida sin consultar ni saludar á vuestra ma-

jestad. Ahora, pues, señor, principiad vos mismo mi causa, enviadme hácia nuestro comun Señor, no con tristeza, sino con alegría espiritual. En cuanto á los tesoros que os dignais ofrecermé, ¿cómo podría tomar nada de vos, yo, que abandono por Jesucristo todo cuanto es mio? Si os agrada ofrecer alguna cosa á Dios en mi persona, presentes religiosos teneis que podeis dar sin reprension y yo aceptar sin ofensa; os hablo de la preciosa madera de la cruz, que habeis recibido de Jerusalem en mi presencia.» Carlo-Magno tenía pendiente esta santa reliquia y se la dió á su amigo, como un recuerdo de su perpétua y cristiana amistad.

El duque de Aquitania, rotos los lazos que le ligaban al mundo, honró las iglesias, distribuyó grandes limosnas á los pobres, dió libertad á una multitud de esclavos, y dejando la Francia, penetra en Auvernia, llega á Brionde y hace un trofeo de sus armas, consagrándolas á San Julian. Ofrece su casco y su escudo sobre el sepulcro del santo mártir, y cuelga á la puerta de la iglesia, en la parte exterior, su arco, su carcax y su espada. Llegado á su casa, arregla los negocios domésticos, da sus condados á sus hijos, y descalzo, con cilicio debajo del traje, dirígese al monasterio de Gellon. Los monjes, al saber su llegada, salen á recibirle, le conducen al oratorio, y allí ofrece las reliquias que habia obtenido del emperador, permaneciendo más de dos horas prostrado ante el altar. Despues pasa al capítulo, en donde, despues de la lectura y exhortacion acostumbrada, declaró á los monjes que habia tomado la resolucion de consagrarse á Dios entre ellos y que al punto queria ejecutar. Los religiosos, sorprendidos y edificados de su vocacion, no creyeron necesario el probarlo, y le designan el dia de San Pedro para tomar el hábito, porque, aunque no era costumbre de dar el hábito hasta pasar el año de prueba, se creyó deber pasar por alto estas reglas, en consideracion á la cualidad y fervor del postulante. El dia de San Pedro se corta el duque Guillermo la barba y los cabellos y los consagra á Dios; segun una práctica antigua, despójase del traje bordado de oro que gastaba, y se le pone el hábito monástico el 29 de Junio de 806



el año sexto del imperio de Carlo-Magno (1).

Cuanto más el duque Guillermo se habia elevado en el mundo, más queria humillarse en la religion. La humildad de su corazon aparecia en sus modales y en sus hábitos. El ayuno, la oracion y las vigiliass hacian sus delicias, y se hallaba tan penetrado de tan tierna devocion, que no podia recibir el cuerpo de Jesucristo sin derramar lágrimas, y tan abundantes que rociaba la tierra. San Guillermo, habiendo adquirido un rico fondo de méritos en pocos años, conoció, por revelacion, que el dia de su muerte estaba próximo. Escribe á Carlo-Magno mandándole que escriba á todos los monasterios de las Gaulas para que supliquen á Dios por él. Así que supo que su última hora habia llegado, reunió al abad y á los monjes, y despues de haber recibido el Viático con grandes sentimientos de piedad, les dijo adios, encomendándose á sus oraciones, y entrega el alma á su Criador el 28 de Mayo de 812, y el monasterio de Gellon fué llamado en adelante de San Guillermo del Desierto (2).

En medio de sus expediciones y viajes militares contra los lombardos, sarracenos, sajones, huos y bohemios, Carlo-Magno se ocupaba en las letras divinas, como si no le entretuvieran todas estas guerras. En todas partes donde hallaba un hombre dedicado al estudio, ya fuera franco, lombardo, godo, sajón ó inglés, se unia á él y se hacia su amigo. El diácono lombardo Pablo Warnefrido, canciller del rey Desiderio, último rey lombardo, fué de este número. Carlo-Magno le retiene en su córte por su mucha erudicion, y cuando se retiró á Montecasino, donde murió en 790, le escribió Carlo-Magno una carta de amistad, en verso, en donde se recomienda á sus oraciones. Pablo no era indigno de esta honrosa familiaridad; se ve por las obras que nos restan de él: 1.º, *Historia mezclada ó Compendio de historia romana*, sacada de diversos autores, principalmente de Eutropio, continuada por Pablo y despues por Landulfo hasta el 806; 2.º, *Historia de los lombardos*, que da principio en su salida de la Es-

candinavia y concluye á la muerte de Luitprando en 744, continuándola Erchempert hasta el 838; 3.º, *Crónica de los obispos de Metz*, compuesta á instancias de Engelram, obispo de esta ciudad; 4.º, *Vida de San Gregorio el Grande*; 5.º, una coleccion de homilias, hecha de órden de Carlo-Magno, que escribe él mismo una carta recomendándola á todos los lectores de su imperio; 6.º, un Vocabulario dedicado á Carlo-Magno; pero que aún no está impreso. Por último, se le atribuyen algunas poesias, entre otras, el himno *Ut queant laxis*, que se canta en la Iglesia en la fiesta de San Juan Bautista (1).

Una conquista igual fué la de San Paulino, patriarca de Aquilea. Nació en el Frioul hácia 730: enseña las letras, cuando Carlo-Magno le dirige un rescripto en 776, en el que le llama muy venerable maestro en gramática, le da un terreno en Lombardia, y en esta época Paulino fué elevado á la silla patriarcal de Aquilea. Carlo-Magno, que tenía confianza en su piedad, su celo y su ciencia, le saca á menudo de su silla para asistir á los concilios, en particular á los de Aix-la-Chapelle en 789, de Ratisbona en 792 y de Francfort en 794. El santo mismo reune dos, uno en el Frioul en 796, y el otro en 802 en Altino, sobre la costa del Adriático. Fué á predicar el Evangelio en la Carintia y la Estiria á los huos y ávaros, en connivencia de Arnon de Salzburgo, y despues de una vida de merecimientos, muere el año 804 (2).

Otro lombardo, llamado Fardulfo, de quien nos quedan algunas poesias, habia sido llevado á Francia con el rey Desiderio, despues de la toma de Pavia por Carlo-Magno. Fardulfo llegó á ser sacerdote de Ratisbona; un dia se durmió en un rincón de esta iglesia, cuando Pipino el Jorobado, hijo mayor de Carlo-Magno y de una concubina, entra de noche con una multitud de conjurados, á fin de tomar con ellos sus últimas medidas con objeto de hacer perecer á su padre; el ruido de la conversacion despierta á Fardulfo, que oye todo lo que se trama; los conjurados al retirarse se aperciben de él y quieren ma-

(1) Acta Bened., sec. 4, pars 1.

(2) Acta SS., 28 Mayo.

(1) Ceillier.

(2) Ibid.



tarle, pero se contentan con hacerle jurar sobre el altar el más profundo secreto: escapado así de sus manos, corre al palacio de Carlo-Magno y le cuenta cuanto había oído; los conjurados son juzgados por una asamblea de señores, y condenados á muerte: Carlo-Magno perdona á la mayor parte, relega á su hijo al monasterio de Prum, en la diócesis de Tréveris, y á Far-
dulfo le nombra abad de Saint-Denis, en recompensa de su fidelidad (1).

Otro sabio que Carlo-Magno trajo de Italia, fué Teodulfo, nacido á mediados del siglo VIII de una familia goda y distinguida. Su talento y erudicion, dándole á conocer, es llamado por Carlo-Magno á su córte en 781. Algunos pretenden que era viudo, apoyándose tan sólo en una pieza en verso que acompaña al salterio que envía á Gisela, en la que Teodulfo le obliga á recibir el presente que la hace un padre; pero esta palabra *padre* puede muy bien ser empleada en sentido espiritual. Teodulfo fué provisto de la abadía de Fleury, y en seguida del obispado de Orleans. Su primer cuidado fué restablecer en su diócesis la antigua disciplina, y hacer florecer los buenos estudios: á este fin funda muchas escuelas eclesiásticas, particularmente en los monasterios de Saint-Aignan, de Fleury y de Saint-Lifard, que muy pronto se hicieron celebres; publicó sobre todo una pastoral á los sacerdotes de las iglesias sobre los deberes de su estado.

Siempre debeis acordaros, les dice, que nosotros, que estamos encargados del cuidado de gobernar las almas, darémos cuenta á Dios de las que perecen por nuestra negligencia, y que serémos recompensados por las que hayamos ganado con nuestras exhortaciones y nuestros ejemplos. Á nosotros es á quien ha dicho el Señor: «Sois la sal de la tierra.» Si el pueblo fiel es como el alimento de Dios, nosotros somos la sal que debe sazonar este alimento para hacerle más grato. Sabed que ocupais en la Iglesia el segundo rango; porque como los obispos tienen el lugar de los apóstoles, los sacerdotes ocupan el de los otros discípulos del Señor. Nunca olvideis, pues, cuál es vuestra dignidad.

(1) Ceillier. Bouquet.

Acordaos sin cesar de vuestra ordenacion y de la uncion sagrada que habeis recibido en vuestras manos, para animaros á conservar la pureza del corazon y del cuerpo.

Teodulfo recomienda á los sacerdotes la lectura, la oracion, y el trabajo de las manos. Por la lectura, dice, aprendéis á conducirlos y á conducir á los otros; por la oracion seréis útiles á vosotros mismos y á los que á vosotros están unidos; por la caridad, y por el trabajo corporal y maceracion del cuerpo, quitaréis el alimento á las pasiones, cubriréis vuestras necesidades y tendréis con que aliviar á otros. Cuando os presentéis á sínodo, llevad los ornamentos, libros y vasos sagrados de que os servís en el santo ministerio, y traed con vosotros dos ó tres de los clérigos con los que celebéis la misa, á fin de conocer la decencia con que haceis el servicio divino. Las mujeres no se acercarán al altar durante la misa, el sacerdote saldrá á recibir sus ofrendas; los legos deben tener el mismo respeto, por temor de que sean castigados como Oza. El sacerdote nunca dirá la misa sólo, debiendo tener sacerdotes que le saluden y contesten. No debe encerrarse en las iglesias trigo ni heno, como se ve con frecuencia, porque debemos temer que nos diga el Señor: «Mi casa es casa de oracion y vosotros la haceis cueva de ladrones.» Prohibimos enterrar á nadie en las iglesias, como es costumbre, convirtiéndose así en cementerios; tan sólo se dará sepultura en ellas á los sacerdotes, y á algun otro que haya merecido esta distincion por su santa vida; pero no se exhumará á los que ya estén sepultados, y estas tumbas se enlosarán para que no queden vestigios de sepultura; si son muchas, se convierte la iglesia en cementerio, y se traslada el altar á otro sitio donde pueda ofrecerse el sacrificio con pureza. Es necesario asistir al oficio y sacrificio divino con mucho respeto y recogimiento; no celebrar la misa más que en las iglesias, y no en casas particulares. Aunque los cánones permitan á los sacerdotes tener consigo en sus casas á sus madres y hermanas, debemos prohibirlo á causa de otras mujeres que ellos pueden llevar. Evitad la embriaguez, no vayais á comer y beber á las tabernas; no os pongais á comer



con mujeres, á no ser que os haya convidado un padre de familia. Prohibimos, bajo una larga prision, que el sacerdote solicite á los parroquianos ó clérigos de otro, á que vayan á su iglesia á pagar el diezmo ó pretender la iglesia de otro con dones y presentes. Si al sacerdote se le lleva un niño enfermo de otra parroquia para recibir el bautismo, debe administrarsele.

Que los sacerdotes tengan escuelas en las poblaciones y campiñas, y si alguno de los fieles quiere confiarles sus niños para enseñarles las letras, que no rehúsen el recibirlos é instruirlos, sino al contrario, que los enseñen con perfecta caridad, acordándose de que está escrito: Los que hayan sido sabios brillarán como los fuegos del firmamento, y los que hayan instruido á muchos en el camino de la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad; «no exigiendo por esto precio alguno, no recibiendo más que lo que los padres ofrezcan voluntariamente y por afeccion. Así, en los siglos VIII y IX institua la Iglesia escuelas gratuitas, no sólo para los clérigos y en monasterios y catedrales, sino tambien para todos los niños y en las parroquias rurales (1). Despues pone Teodulfo un compendio de moral para que los sacerdotes sepan lo que deben enseñar y los fieles lo que deben practicar. Manda á los fieles aprendan de memoria la oracion dominical y el símbolo, porque no se recibirá el bautismo y confirmacion á quien no lo sepa, á excepcion de los niños que aún no tengan el uso de la razon. Los sábados se reunirán todos los fieles en la Iglesia con luces, para asistir al oficio de la noche, é ir á misa con sus ofrendas y los excite á ejercer gratuita hospitalidad. Los sacerdotes deben estar prontos para enseñar al pueblo; los que sepan la escritura deben predicar. Cuando vayan á sínodo darán cuenta del estado de sus parroquias. Se confesarán todos los pecados, aún los de pensamiento, y el sacerdote interrogará al penitente sobre cada uno de los pecados capitales, que Teodulfo, como algunos otros, cuentan ocho, porque distinguen la vana gloria del

(1) Labbe, t. VII, p. 1136.

orgullo. Al perjuro ó testigo falso se le impondrá la misma pena que al adúltero y homicida, que era siete años, y los que por temor no confiesen estos crímenes, se les arrojará de la Iglesia y nadie podrá orar ni comer con él. Se ayunará exactamente todos los dias de cuaresma, ménos los domingos, porque estos dias son como el diezmo del año que damos á Dios, y sólo serán dispensados los niños y enfermos: al ayuno se unirá la limosna, dándose á los pobres lo que se debería haber comido si no se hubiera ayunado, porque no será meritorio el ayuno si se come en una comida lo que debería comerse en dos. Durante la cuaresma es necesario abstenerse de todo deleite; ganará mucho el que pueda abstenerse, huevos, lactinios, pescado y vino; pero el que por enfermedad ó por el trabajo no pueda, podrá usarlo y con tal que no quebrante el ayuno.

Todos, ménos los excomulgados, deben recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo todos los domingos de cuaresma, juéves, viérnes y sábado santo; y todos, sin excepcion, el dia de Pascua. No se debe litigar en cuaresma, y durante este tiempo los esposos deben vivir en continencia. Se advertirá al pueblo que no se acerque á la comunión sin preparacion, y que no se abstenga de ella largo tiempo; ántes de recibirla deberá prepararse con la continencia, oracion y limosna; porque como es peligroso recibir este adorable sacramento con alguna mancha, tambien lo es el privarse por mucho tiempo; lo que sin embargo no mira á los excomulgados, que no pueden comulgar cuando quieren, sino en cierto tiempo, ni las personas piadosas que comulgan cotidianamente. Por estas palabras de Teodulfo se ve que la excomunion de que habla no es la excomunion propiamente dicha, sino una simple prohibicion de comulgar. Las misas privadas que se celebran los domingos, no se dirán tan públicamente que el pueblo deje de asistir á la solemne, porque muchos tienen la mala costumbre de oír los domingos y fiestas sólo la misa rezada, aún por los muertos, y pasar bebiendo lo restante del dia. Se exhortará al pueblo vaya los domingos á la catedral á oír la misa y la predicacion, y no coma hasta terminada la mi-



sa mayor: que en estos días no digan misa los sacerdotes en oratorios particulares, ó que lo hagan lo más tarde una hora despues de salir el sol y con precaucion, para que el pueblo no deje de asistir al oficio solemne. Por esto se ve que no había entónces más que una misa solemne las fiestas y los domingos en cada ciudad, y que se celebraba en la catedral (1).

Esta instruccion pastoral, aunque algunos de sus artículos han sido modificados por el tiempo, nos da á conocer por un lado la sábia práctica de Teodulfo, y por otro cuál era la disciplina de la Iglesia á fines del siglo VIII y principios del IX, porque esta instruccion sirvió de modelo á otros muchos prelados.

Teodulfo fué enviado por Carlo-Magno en 798, en union de Leidrade, obispo de Lyon, al mediodía de Francia, para observar y reformar la administracion de estas provincias, en calidad de comisarios extraordinarios del soberano. Á su vuelta compuso un poema no despreciable, en novecientos cincuenta y seis versos, titulado *Exhortaciones á los jueces*, y destinado á instruir á los magistrados en sus deberes. Despues de un preámbulo religioso, evoca los modelos de justicia que presentan los libros santos, terminando con un elogio á Carlo-Magno; describe el camino que han seguido Leidrade y él, y las principales poblaciones que han visitado. Viene en seguida el cuadro de los peligros que asaltan la probidad de los magistrados, y todas las tentativas que han sido hechas para corromper á Leidrade y á él. Vienen, por último, sus exhortaciones á los jueces: exhortaciones que respiran, no sólo una probidad incorruptible, sino tambien una bondad desconocida en otro tiempo á la justicia humana. Exhorta á los jueces á halagar á los que se presenten ante ellos; si uno, dice, ha perdido á su padre, otro á su madre, otra á su marido, tomad especial cuidado en su causa; sed su protector, su abogado, volved á aquélla su madre, su marido. Si alguno llega á tí débil, enfermo, niño ó anciano, dale un socorro caritativo; haced sentar al que no pueda tenerse en pié, tomad por la mano á quien

(2) Sirmont, t. II, vers. 621-634.

no puede levantarse; sosten y anima á quien está pronto á faltarle las piernas, la mano, la voz ó el corazón: levanta al que está abatido, calma al que está irritado, fortalece al que tiembla y llama al respeto á quien se propasa. En verdad, esta prevision y delicada bondad no es de un magistrado de Licurgo ó de las doce tablas, sino del magistrado del Evangelio. Así es como un obispo le expone sus deberes.

Leidrade, que acompañó á Teodulfo en esta mision, había nacido en la Nórica ó Babiera. Educado junto á Arnon, obispo de Saltzburgo, se distinguió pronto por su talento y por su ciencia. Carlo-Magno le hace bibliotecario y le encomienda importantes misiones, y nombrándole en 798 arzobispo de Lyon. Trabaja mucho, y con suceso, en restablecer la disciplina en el clero y monasterio de su diócesis. No puede darse una idea mejor que extractando una carta que dirigió á Carlo-Magno dándole cuenta: «Me habeis obligado á gobernar la iglesia de Lyon, siendo indigno, y al enviarme me habeis recomendado repare los males que se habían cometido por negligencia. Á esta iglesia la hacen falta muchas cosas, tanto dentro como fuera, para los divinos oficios, para las habitaciones y muebles necesarios. Escuchad lo que he hecho desde que he llegado, con ayuda de Dios y la vuestra. No os lo digo por el deseo de aumentar mi dicha, Dios me es testigo: mis enfermedades hacen que yo no espere otra cosa más que la muerte; os lo digo sólo para que si hice algo bueno, y segun vuestra atencion, no sea destruido despues de mi muerte.

He hecho todo lo posible por tener los clérigos necesarios para el oficio divino, y á Dios gracias tengo una buena porcion; para esto me habeis dado las rentas que pertenecieron en otro tiempo á la iglesia de Lyon: tambien he restablecido el orden de la salmodia, segun la costumbre de vuestro palacio, porque tengo escuelas de Chartres, en las que la mayor parte están instruidos bastante para instruir á los otros; tengo tambien escuelas de lectores, no solamente para leer las lecciones del oficio, sino tambien para meditar los libros divinos. Ya los hay que entienden en parte el sentido espiritual de los Evangelios, la mayor parte



el de los profetas, los libros de Salomon, los salmos, y el de Job. Tambien he trabajado lo que he podido en hacer copiar libros para esta iglesia, y la he provisto de trajes sacerdotales y vasos sagrados.

No he cesado, en cuanto he podido, en reparar las iglesias; he cubierto de nuevo y elevado en parte los muros de la grande iglesia dedicada á San Juan; he puesto techo á la de San Estéban y reconstruido la de Saint-Nizier y de Santa María; he reparado una de las casas episcopales, casi arruinada, y he construido otra para recibiros cuando vengais á estas regiones. Para los clérigos he construido un claustro, donde habitan ahora reunidos. He reparado tambien otras muchas iglesias en la ciudad de Lion. La de Santa Eulalia, donde había un convento de monjas, la de San Pablo, el convento de monjas de San Pedro, donde está sepultado San Annemond, mártir y fundador de esta casa, y en donde viven ahora bajo una regla monástica treinta y dos hijas del Señor. He reparado el monasterio real de la isla Bárbara, donde hay ahora noventa monjes, viviendo segun la regla, y á cuyo abad hemos dado el poder de atar y desatar, como han tenido sus predecesores, y que los nuestros enviaron á los lugares donde podian valer por la conservacion de la fe contra las herejias, teniendo tambien el cuidado de gobernar la iglesia de Lyon, sede vacante» (1). Entre otras cosas, se ve por esta carta que los dos medios principales para restablecer la disciplina, eran las escuelas y los monasterios.

Pero el hombre que más ayudó á Carlo-Magno en la restauracion de los estudios, fué Alcuino, inglés de nacion, y de la misma familia que San Willibrod. Nació en 735 en la provincia de Yorck, de padres nobles y ricos, y fué hermano de Arnon Aquila, obispo de Saltzburgo. Desde su infancia fué educado en el monasterio y escuela-catedral de Yorck, y tuvo por maestro al arzobispo Egberto, hermano del rey de Northumberland. Egberto mismo fué educado por el venerable Beda, y penetrado de respeto por la memoria de su santo maestro, si-

(1) Biblioth. PP., t. 14.
TOMO IV

guió escrupulosamente su método de enseñanza. Se levantaba al rayar el alba, y cuando no le impedian ocupaciones apremiantes, sentábase sobre la cama é instruía á sus discípulos uno despues de otro hasta el medio dia, retirándose despues á su capilla, en donde los santificaba ofreciendo por ellos el cuerpo y la sangre del Señor. Á la hora de comer entraba en la sala general, en donde tomaba una comida frugal, durante la cual mandaba leer cosas instructivas, y se complacia en escuchar hasta por la noche las discusiones de sus discípulos sobre puntos literarios; despues recitaba con ellos las Completas, los aproximaba hacia sí, los bendecía y se retiraban á descansar. Alcuino cuenta con frecuencia estos detalles á sus amigos. Bajo semejante maestro aprendió Alcuino, no sólo latin y griego, sino tambien los elementos del hebreo (1).

Egberto, que murió en 766, le legó su biblioteca, escogiéndole por sucesor en la importante funcion de profesor. La escuela de Yorck era ya célebre, pero la fama de Alcuino aumenta bien pronto su celebridad y de las Gaulas y de la Germania corren á escucharle. El sucesor de Egberto en la silla de Yorck fué Elbert, su pariente, que había enseñado en el mismo seminario; tuvo con Alcuino la misma confianza y amistad, y le deja, por su testamento, el más precioso de sus tesoros, el gran número de volúmenes que había recogido en sus diferentes viajes á la Gault y á Italia, y le encarga con Embald construir una magnífica iglesia en la ciudad de Yorck, segun el plano que él había formado. Embald, habiendo sucedido á Elbert, envia á Alcuino á Roma el 780 para pedir el *palio* al papa Adriano; de vuelta pasa por Parma, en donde encuentra á Carlo-Magno, que le insta á establecerse en Francia; despues de alguna incertidumbre, Alcuino se compromete, con tal que se obtenga el permiso de su obispo y de su rey: le consigue, y en 782 queda establecido en la corte de Carlo-Magno, que le da en el acto tres abadías, la de Ferrieres en Gatinois, de San Lupo en Troyes y la de Josse en el Pouthieu. Desde

(1) Acta Bened., sec. 4, parte 1.